

Molletes de frijolitos con chorizo

Por

Víctor Esparza

Guadalupe, Nuevo León

2 de octubre del 2014

I

No encontramos a mi hermano. Hace un par de días salió a una marcha, de las tantas organizadas por los revoltosos de la UNAM, que nomás están chingando y lo que menos quieren es ponerse a estudiar y volverse personas de bien como uno. Es un vago hijo de la chingada, pero mi viejecita está preocupada porque no ha vuelto, y como hermano mayor me toca andar preguntando de hospital en hospital, delegación por delegación, si en algún lado tienen noticias de él.

Recuerdo cuando salió de casa, con sus fachas de siempre y su apariencia de *me vale madre todo* que me caga. Hijo de la chingada. Él no tuvo que chingarse en el campo, andar descalzo entre la milpa arrancando mazorcas, recoger a su padre tirado de ebrio afuera de la cantina. Por suerte el tío Alejandro, ya con unos años acomodado en la capital, le cumplió a su hermana la promesa de sacarla del rancho, y allá dejamos lo poco que teníamos, incluso al cabrón que nos dio la vida. A estos años de seguro ya murió de cirrosis hepática o alguna de esas chingaderas de las que suelen petatearse los borrachos.

Leí en el periódico de ayer que se pusieron feas las cosas. Y bien merecido se la tienen: fíjate que meterse con el gobierno, si serán pendejos. Más faltando pocos días para las Olimpiadas y que se llene la ciudad de deportistas y gente de todas partes del mundo. ¿No podían de dejar de chingar un ratito? ¿No valoran que tienen la oportunidad de estudiar, de progresar, de mejorar en la vida? No como uno que se hizo a golpe de chingadazos y miseria, que se levantó de lo más bajo y que nunca ha dejado de ver por su familia. Y así nomás a la cómoda andan ahí

como mi hermano, protestando por no sé qué pendejadas hasta que le colmaron el plato a la autoridad, y aténganse a las consecuencias.

Pero este cabrón tiene tanta suerte que dudo le haya pasado algo malo. Y es tan guevón que seguro iba hasta mero atrás en la manifestación, entre esos que no alcanzaron a colarse a la plaza, donde según me contó una de las enfermeras del Xoco, sí hubo varios heridos y hasta muertos. ¿Quién chingados los trae en el mitote? Ya se las habían advertido y ahí van de nuevo. Si esas no son ganas de joder, no sé qué más puedan ser. Chamacos apendejados con las consigas de dos, tres lidercillos de clase acomodada, que son sus atuendos de intelectuales y aires de incomprendidos, copias baratas del Che Guevara, se atreven a hablar de las luchas sociales. Lúchenle en la obra, en la milpa, en la fábrica, de sol a sol hasta que las manos se les llenen de llagas y no quieran más que revolcarlas en harina pa' descansarlas tantito.

Me encontré a una señora, derrumbada a lágrimas afuera de otro hospital que visité. Me dio curiosidad preguntarle por qué lloraba, pero alcancé a ver que abrazaba una mochila ensangrentada. Andan muchos papás igual que yo, desesperados, con la angustia de que sus chamacos hayan pasado a mejor vida o estén gravemente heridos. Si los hubieran educado mejor no andarían con esos pendientes. Pero seguro eran de los de “ándeles mijo, no se deje, luche por sus ideales”. Y ahorita, a sufrirle. Pero qué chingados puedo decir yo, que ando en las mismas. Lo que hace uno por una madre.

Espero que al volver a casa ya esté mi hermano ahí. Seguro mi viejecita le va preparar unos molletes de frijolitos con chorizo mientras se baña, y se los va chingar muy horondo aventado en el sofá con las patas sobre la mesita de centro y viendo agustote la televisión. Lo agarro de los huevos al cabrón y lo pongo a

recoger su cuarto que lo tiene como un chiquero. Y de ora en delante cuál permiso pa' las marchas, pa' los mítines. Que se dedique a estudiar que no tiene otra cosa en qué ocuparse, o lo mandamos de vuelta al rancho pa' que aprenda lo que es la vida dura, faltaba más.

Hace un año que no sabemos nada de mi hermano. Y mi viejecita sigue ahí en la sala, asomándose por la ventana, esperando que llegue para prepararle sus molletes de frijolitos con chorizo, esos que tan buenos le quedan a la condenada. Lo más seguro es que ande de vago, de esta juventud no se puede esperar nada.

II

Mi hijo no aparece y ya me tiene con pendiente. Me salió un poco flojo el condenado, lo heredó de su padre, pero nunca me ha faltado a dormir a la casa y van dos noches de que no regresa. Mandé a Arturo, el mayor y que ha sido el ejemplo para todos mis hijos, a que vaya y pregunte por él a los hospitales y delegaciones, no puedo más con esta angustia.

Mi chamaco no es tampoco el mejor de los estudiantes, pero gracias a los esfuerzos de sus hermanos es el único de los cuatro que no ha tenido que dejar los estudios para ponerse a trabajar. A corajes y estirones nos terminó la prepa, y éste es su primer semestre en la Facultad de Ciencias Políticas en la UNAM. “¿Para qué entras a esas chingaderas que ni te van a dar para comer?”, le reclamó Arturo cuando se enteró que se había matriculado en esa escuela, y pa' que mentir, no entiendo mucho de esas cosas, pero tampoco soy quien para decirle a mi hijo que estudiar. Confío en que haya elegido bien, y sobre todo, aproveche la oportunidad que sus hermanos no tuvieron, y se vuelva el primer profesionista de la familia, Diosito me lo bendiga.

Algo que tengo que reconocer de mi hijo es que me salió muy obstinado para leer. De chiquillo era difícil que otros chamacos del multifamiliar lo convencieran de salir a jugar a la pelota, la roña y esos juegos que se inventan con un bote y mucha imaginación. Él tenía dos años apenas cuando nos vinimos del pueblo donde nació a la capital, a la que me trajo mi hermano con todo y chilpayates, alojándome en un pequeño cuartito de la bodega que rentó cuando puso su tlapalería. Un par de años después, con mucho esfuerzo y el trabajo de Arturo, juntamos los centavitos para

rentar en el edificio en el cual vivimos desde hace catorce años. No me puedo quejar de la vida, y aunque mis buenos fregazos me llevé dejándome sonsacar por un pelado irresponsable y borracho, de a poquito se ha encargado de recompensarme, hasta hoy que el miedo de que me a mi muchachito le haya pasado algo grave me tiene ya con dos noches sin dormir.

Salió antier después de la comida. Aquí estaba Arturo aprovechando su día de descanso pero no alcanzaron a comer juntos. No es que se lleven mal mis muchachos pero discuten con mucha frecuencia, si no es por una cosa es por otra. Pero a pesar de ello, Arturo ni chistó esta mañana cuando antes de que saliera a trabajar le pedí que se diera un tiempito durante el día para irme a buscar a su hermano. Aunque puso su cara de enfado que tanto le conozco, dándome un beso en la frente me dijo con toda la ternura que carga en el corazón: “No se apure, viejecita, yo vuelvo con ese chamaco aunque sea de las orejas”.

Mi preocupación es porque vino a contarme la vecina que su sobrino, que estudia lo mismo que mi muchacho, también estaba desaparecido. Ella es la que me ha estado contando desde junio de las diversas marchas y manifestaciones que están organizando en las escuelas. Yo la verdad no entiendo mucho y mijo tampoco me cuenta, imagino no quiere que me preocupe pero en algo raro ha de andar metido. Las últimas semanas llega más tarde de lo habitual y se sale apenas se asoma el sol. Una noche llegó con unas mantas y pancartas, pero así como lo vio Arturo entrar con ellas le advirtió que no se le volviera ocurrir hacerlo, que la casa que con mucho esfuerzo pagaba para que viviéramos como personas decentes no era almacén para vagos despreocupados que se la pasaban faltando a clases y haciendo desmanes en la vía pública. Si no meto mi cuchara estoy segura que se las quema y tira a la basura en ese ratito.

Yo no entiendo ni pío de lo estén protestando los estudiantes, pero tampoco creo que el gobierno sea capaz de lastimar a diestra y siniestra a los muchachos que andaban en la manifestación. A lo mucho habrán querido meterles un susto. Mi hijo ha de estar por ahí, desbalagado en caso de alguno de sus amigos de la escuela o qué se yo. Ya no me voy a preocupar, mejor voy a tener listos los frijolitos con chorizo para prepararle sus molletes que tanto le gustan cuando regrese.

Hace un año que no sabemos nada de mi hijo. Arturo pasó semanas buscando, hasta me lo corrieron del trabajo al pobrecito. Llegaba cansado, triste, pero nunca me quiso decir qué encontraba o porqué se tardaba tanto en volver. Una noche alcancé a escucharlo llorar en la mesa de la cocina, bajito, pero preferí no interrumpirlo. Estoy segura de que lo extraña tanto como yo, y estoy segura de que un día lo encontraremos.

III

Tenemos dos días detenidos, torturados, y sin comer. Me duele el cuerpo entero, bendita chinga nos metieron estos cabrones con sus macanas. Si no es porque pienso en mi jefa, en mis carnales, ya habría aflojado el alma y me hubiera despedido de este pinche mundo ingrato. Aunque a decir verdad no creo que los vaya a ver de nuevo, ya veo a estos hijos de perra llevándonos de a uno por uno a nuestras casas y pidiéndonos una disculpa por los vergazos que nos han dado.

Fuimos testigos de una atrocidad que debe ser contada. ¿Pero quién va hacerlo si barrieron con casi todos los que estaban sobre la plancha de la plaza? Al otros tantos nos detuvieron y treparon a los camiones militares como si fuéramos cerdos llevados al rastro, hasta este muladar a dos o tres horas de la capital en donde podrán seguir torturándonos y matándonos de hambre a su antojo, como han venido haciendo desde que llegamos aquí. Encapuchados con una raída y apestosa manta que apenas nos permite respirar, con una rasgadura en el hocico para que podamos beber un poco cuando vienen a madrearnos a manguerazos, soportando no sólo el golpeo del agua sino las espantosas y cínicas carcajadas que terminan doblándome de rabia.

Cuando hace dos semanas detuvieron a setecientos de los nuestros y ocuparon militarmente las instalaciones universitarias sabíamos que las cosas tomarían un giro más peligroso, sumándole la pendeja preocupación del gobierno para que no les estropeáramos la fiestecita de sus juegos olímpicos. ¿Y por eso recurrir a las balas? ¿Había necesidad de tantas víctimas? Por fortuna soy delgado y me pude escabullir entre una multitud que corrió hasta el edificio Nuevo León salvándome

de recibir un plomazo, más no de ser detenido por los granaderos que tenían acorraladas las salidas. Del pánico, aturridos por el caos y el irritante sobrevuelo de los helicópteros, ignoramos la crueldad de ver caídos y derramando sangre de la cabeza, del pecho, del cuerpo entero, a compañeros con los que minutos antes gritábamos enjundiosos: *¡Aplaudan, aplaudan, no dejen de aplaudir, que el pinche gobierno se tiene que morir!* Y chingada madre, los que morimos fuimos nosotros.

Me duele pensar que mi viejita esté mortificada por mí. Poco le contaba de lo metido que andaba en el movimiento, sé que tiene la costumbre de contarle todo a Arturo, es su brazo derecho. Aunque respeto un chingo a mi hermano, me tiene hasta la madre con sus críticas y comentarios de que nos la pasamos perdiendo el tiempo, que somos una bola de inútiles revoltosos, que desaprovechamos las oportunidades que su generación no tuvo. ¿Qué chingado tengo la culpa que estemos de a poco dejando de ser agachones, que estemos hasta la madre de la represión que vienen infringiendo a los gremios sindicales, de los encarcelamientos injustos de líderes obreros que se negaron a ser títeres del sistema como los honorables Vallejo y Campa? Es algo que no comprende, es incapaz de levantar la mirada y descubrir que por Europa y América Latina todo el año han estado brotando pujantes movimientos estudiantiles que están poniendo en predicamentos a sus gobiernos. Estamos dispuestos a hacer lo mismo con el nuestro, ¡basta de cobardías!

Mientras la población siga como mi hermano, a pesar de ver a Arturo como un querido padre que no llegué a tener, seguiremos reprimidos y pisoteados por esos gobernantes que según están para beneficio de la sociedad, y los únicos beneficiados son sus familias, amigos, y cuentas bancarias. ¡Basta de tanta impunidad! ¡Basta de ser del montón! ¡Basta de dejar nuestro destino en manos

ineptas y manchadas de sangre! ¡Basta de vivir con una venda en los ojos! Si llego a salir vivo de aquí no descansaré luchando por volver a México un mejor país, aunque nunca lo alcance a ver. No en vano dijo el maestro Zapata: *Prefiero morir de pie que vivir de rodillas*. A chingarle.

Hace veinte minutos vinieron a sacarnos del establo en el que nos tenían. Retiraron las capuchas de nuestros rostros y estamos formados en filas de quince, desnudos, azotados por un frío que hiere la piel. A cincuenta metros se observa un batallón de soldados preparando sus metralletas. Curiosamente, no siento miedo. Que sus madres los perdonen, y que a la mía Dios la cuide, extrañaré sus besos y sus sabrosos molletes de frijolitos con chorizo.